

Pablo Neruda

## Juntos nosotros

Hace poco más de un año, Pablo Neruda partió para el extranjero a desempeñar una comisión consular. Desde entonces su nombre apenas ha vuelto a figurar en las publicaciones chilenas, y casi siempre adscrito a artículos periodísticos que no representan adecuadamente la calidad poética de su espíritu. A esta revista corresponde el honor de que los versos que siguen, los primeros de Neruda que hablan de su labor fuera del país, vean la luz en sus páginas.



QUE pura eres de sol o de noche caída,  
qué triunfal desmedida tu órbita de blanco,  
y tu pecho de pan, alto de clima,  
tu corona de árboles negros, bienamada,  
y tu nariz de animal solitario, de oveja salvaje  
que huele a sombra y a precipitada fuga tiránica.

Ahora que armas espléndidas mis manos,  
digna su pala de hueso y su lirio de uñas,  
y el puesto de mi rostro, y el arriendo de mi alma  
están situados en lo justo de la fuerza terrestre.

Qué pura mi mirada de nocturna influencia,  
caída de ojos oscuros y feroz acicate,  
mi simétrica estatua de piernas gemelas  
sube hacia estrellas húmedas cada mañana,

y mi boca de exilio muerde la carne y la uva,  
mis brazos de varón, mi pecho tatuado  
en que penetra el vello como ala de estaño,  
mi cara blanca hecha para la profundidad del sol,  
mi pelo hecho de ritos, de minerales negros,  
mi frente penetrante como golpe o camino,  
mi piel de hijo maduro destinado al arado,  
mis ojos de sal ávida, de matrimonio rápido,  
mi lengua amiga blanda del dique y del buque,  
mis dientes de horario blanco, de equidad sistemática,  
la piel que hace a mi frente un vacío de hielos  
y en mi espalda se torna y vuela en mis párpados,  
y se repliega sobre mi más profundo estímulo  
y crece hacia las rosas en mis dedos,  
en mi mentón de hueso y en mis pies de riqueza.

Y tú, como un mes de estrella, como un beso fijo,  
como estructura de ala o comienzos de Otoño,  
niña, mi partidaria, mi amorosa,  
la luz hace su lecho bajo tus grandes párpados,  
dorados como bueyes, y la paloma redonda  
hace sus nidos blancos frecuentemente en ti.

Qué pompa joven de oro o reunidas frutas,  
y qué disposición dulce, qué fulgor definido  
de uña, de seda súbita y fuerza sedienta,  
y un olor de perla ardiendo corre por tu cadera  
hasta tus pies cerrados en ribete de estío.

Hecha de ola en lingotes y tenazas blancas,  
tu salud de manzana furiosa se estira sin límite,  
el tonel temblador en que escucha tu estómago,  
tu manos hijas de la harina y del cielo.

Qué parecida eres al más largo beso,  
su sacudida fija parece nutrirte.

y su empuje de brasa, de bandera revuelta,  
va latiendo en tus dominios y subiendo temblando,  
y entonces tu cabeza se adelgaza en cabellos,  
y su forma guerrera, su círculo seco,  
se desploman de súbito en hilos lineales  
como filos de espadas o herencia del humo.

## Sonata y destrucciones

**D**ESPUES de mucho, después de vagas leguas,  
confuso de dominios, incierto de territorios,  
acompañado de pobres esperanzas,  
y compañías infieles, y desconfiados sueños,  
amo lo tenaz que aun sobrevive en mis ojos,  
oigo con mi corazón mis pasos de jinete,  
muerdo el fuego dormido y la sal arruinada,  
y de noche, de atmósfera oscura y luto prófugo,  
aquel que vela a la orilla de los campamentos,  
el viajero armado de estériles resistencias,  
detenido entre sombras que crecen y alas que tiemblan,  
me siento ser, y mi brazo de piedra me defiende.

Hay entre ciencias de llanto un altar confuso,  
y en mi sesión de atardeceres sin perfume,  
en mis abandonados dormitorios donde habita la luna,  
y arañas de mi propiedad, y destrucciones que me son queridas,  
adoro mi propio ser perdido, mi sustancia imperfecta,  
mi golpe de plata y mi pérdida eterna.  
Ardió la uva húmeda, y su agua funeral  
aun vacila, aun reside,  
y el patrimonio estéril, y el domicilio traidor.  
¿Quién hizo ceremonia de cenizas?

¿Quién amó lo perdido, quién protegió lo último?  
El hueso del padre, la madera del buque muerto,  
y su propio final, su misma huída,  
su fuerza triste, su dios miserable?

Acecho, pues, lo inanimado y lo doliente,  
y el testimonio extraño que sostengo  
con eficiencia cruel y escrito en cenizas,  
es la forma de olvido que prefiero,  
el nombre que doy a la tierra, el valor de mis sueños,  
la cantidad interminable que divido  
con mis ojos de invierno, durante cada día de este mundo.